

TEÓFILO GAUTIER Y ALFONSO REYES, PROSISTA Y POETA

EN UN CAPÍTULO importante de *Pasado inmediato* dedicado a la poesía hispano-americana, fechado en septiembre de 1939, Alfonso Reyes se levanta contra la tesis generalmente admitida según la cual “el Modernismo es hijo inesperado y paradójico del Simbolismo francés”. La corriente viene de más lejos, añade, ... Entre los precursores, no hay reflejos de Mallarmé. Los hay, en cambio, de Víctor Hugo, Musset, Nerval, Gautier, ... El mismo Gautier parece ejercer la influencia más duradera e importante en los poetas de la generación que sigue a la de Rubén Darío, o sea la Generación llamada “Generación del Centenario”. En particular, su nombre es uno de los más frecuentemente encontrados bajo la pluma de Alfonso Reyes. fecundo ensayista y poeta delicado.

Ya en *Cuestiones estéticas*, el joven Alfonso Reyes —tenía apenas 20 años en junio de 1909— admiraba lo que en el romántico Gautier anunciaba al Parnasismo: la pasión dominada, la impasibilidad perfecta del “Blanc Majeur”. En una conferencia dada en 1911 en el Ateneo de la Juventud, Alfonso Reyes saludaba en Gautier al poeta difícil “aficionado a las rimas raras”. En fin, Gautier era, para él, el más “clásico de los poetas románticos”. Una comparación atrevida nos explicará mejor, quizá, esta propensión especial para el autor des “Jeunes France”. Estos jóvenes, a la vez poetas y pintores que se reunían en el Cenacle de la Rue du Doyenné, alrededor de Gautier —el cual tenía 19 años entonces— y Nerval, en una época prerrevolucionaria, tenían una vocación tan fervorosa para las artes y la poesía, que su influencia fue determinante sobre todos los movimientos literarios que iban a sucederse en Francia a todo lo largo del siglo XIX. Pues bien, estos “Jeunes France” ¿no tienen cierto parentesco con los jóvenes mexicanos de los grupos de Savia Moderna o del Ateneo de la Juventud? “La redacción (de Savia Moderna) —escribe el poeta Rafael López, citado por A. Reyes— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.” Y sigue don Alfonso con algunas líneas conmovedoras, cuya lectura me permito dedicar aquí a la hermosura de la Ciudad de México: “A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de 6 pisos (nuestro taller) había una inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente

a aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete..." Otro día, exclama: "Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las Musas. Cuando, a las 3 de la mañana, Vasconcelos acaba de leer las Meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— apenas comienza a ponerse interesante..." Con A. Reyes y Diego Rivera se juntaban allí, en efecto, Acevedo, Pedro Henríquez Ureña y su hermano Max, Alfonso Caso y Alfonso Cravioto, fundador y presidente de la Revista. México conocía entonces esta era de tranquilidad que precede tantas veces a un movimiento revolucionario, estos jóvenes se dedicaban con pasión a la búsqueda de una nueva literatura y A. Reyes escribirá más tarde: "Es conmovedor volver los ojos hacia el amanecer de una nueva era." Aludiendo a este período feliz de su juventud cita luego en francés la frase de Gautier, sacada de la *Historia del romanticismo*: "On lisait beaucoup alors dans les Ateliers..." Gautier, pintor antes que poeta, les aparecía sin duda como un poeta admirable, un teórico del arte, el maestro de la perfección, perfección de la forma, sí, pero perfección coloreada y sin frialdad, que despertaba un eco entrañable en estas sensibilidades mexicanas. Su "sed de letras se enardecía a la evocación de la Bataille d'Hernani: "Francia lanzaba sobre nosotros sus destellos mágicos", repara Alfonso Reyes. El chaleco encarnado de Gautier les parecía como el símbolo de protesta contra una civilización que "no era colorista". La civilización porfiriana ¿también se colmaría de una excesiva tranquilidad, careciendo de un color vivo que diera acento a su majestuoso equilibrio? Y eso que el que hacía "de centinela avanzado de los tratos de México y París", José de Núñez y Domínguez, maestro y amigo inolvidable, dando a esta juventud el "ejemplo intachable de una existencia consagrada a las Musas" "en la juventud se nos quería parecer a Theophile Gautier —cuenta Reyes— usando a su imitación, de una melenilla romántica..."

A partir de 1914, ya establecido en España, Reyes tiene una actividad intensa. Entre las obras eruditas a que se dedica en el Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Menéndez Pidal, empieza con *Cartones de Madrid* una serie de volúmenes en que quiere penetrarse de Castilla y su casticismo. Las dos obras que Gautier dedicó a España le acompañan naturalmente: *España*, suntuoso libro de poemas, y los *Viajes a España* "siempre leídos", nota A. Reyes. Gautier narra la visita que hizo al Escorial en un capítulo magistral a que se refiere Reyes varias veces, con su prodigiosa memoria y su viva sensibilidad, ahondando los mismos temas, fiel a las mismas emociones estéticas, en

las diferentes etapas de su tan agitada vida. Otro ejemplo de su *Constancia poética*, las “veinte atmósferas alrededor de las Meninas” imaginadas por Gautier... La crítica de arte viene a hacerse poesía, y esta mezcla de impresiones personales y de descripción objetiva seducirá siempre al antiguo alumno de la Escuela Preparatoria. Las *Visperas de España* se inscriben también en el linaje de las obras “españolas” de Gautier. En *Las horas de Burgos* suena el eco de las cigüeñas descritas por “el buen Theo”. Él fue “el primer testigo de ojos modernos” que contempló las piedras del paisaje castellano, transformándolas en “rocas”, nota Reyes. Meditando algunos años después, en Buenos Aires, en 1929, y leyendo de nuevo la obra de Gautier, Reyes concluye en *Norte y Sur*: “La visión extranjera de Theophile Gautier (les) ayudó (a los escritores de España)... a abrir los ojos sobre los aspectos de su propio paisaje.”

Las numerosísimas obras de Gautier atraen a A. Reyes en este período intenso de Madrid, en que la lectura es un refugio, después del drama familiar, y hace observaciones curiosas, anotando por ejemplo en *El peregrino en su patria* de Lope un antecedente de la equívoca *Mademoiselle de Maupin*. Interesado siempre por lo que llamamos “la petite histoire”, colecciona las circunstancias de composición de sus autores predilectos y al lado de la bicicleta de Paul-Jean Toulet, apunta que “a Gautier le estimulan los tumbos de la imperial” y cómo redactaba mejor sus versos, alentado por el tumulto de la calle. Otro día, pasando de lo más serio a lo más travieso, cuenta Alfonso Reyes que había sido tan esbelto en su juventud que hasta “andaba practicando los saltos y contorsiones del Jiu-Jitsu con Julio Torri en la escuela de Derecho, en los ratos perdidos en 1910. Pero a los 26 años él se inquieta de su gordura naciente y encuentra un verdadero consuelo en el último de los *Cuentos humorísticos* de Gautier titulado *De l'obésité en la littérature*”. Gautier, en su juventud, pensaba en efecto que el hombre genial tenía que ser delgadísimo y con tez cetrina. Pero, dice Reyes, “las ideas de Gautier sobre la flacura indispensable al genio, la edad vino a rectificarlas” y él mismo, observando con Gautier los ejemplos de Víctor Hugo, Dumas, Rossini, Balzac, Sainte Beuve, Eugene Sue, conociendo la obsesión de la gordura en Byron —se alimentaba de limones y bebía vinagre para adelgazar— el apetito famoso de Jules Sandeau... infirió que el hombre genial es, y tiene que ser, repleto y gordo. Los comentarios de Alfonso Reyes son aquí de simpatía evidente. Las *Memorias de cocina y bodega*, entretenimiento publicado en México en 1953, no dejan de recordarnos, en su epicureísmo sonriente y goloso,

algunos cuentos de Gautier *Le bol de punch*, *La cafetière*, ou *Sous la Table*.

En este cuerpo grande, fuerte y sencillo, Gautier disimulaba una alma poco inquieta de averiguaciones metafísicas. Su célebre autorretrato "Soy un hombre para quien el mundo exterior existe" pudiera ser una divisa de don Alfonso. Pero existían también para él los problemas metafísicos que escondía más cuidadosamente su inquietud, más pudoroso, mexicano.

El otro límite de Gautier procede de que él había vacilado entre la poesía y la pintura, trasladando el estilo del "taller en las ideas y los procedimientos literarios: cautivo del color y de la línea, no sabe escaparse en los dominios de los sentimientos: Alfonso Reyes alía mucho más sabiamente la magia del verbo y los acentos personales, valiéndose de los auténticos descubrimientos poéticos de Mallarmé y Valéry, cuya poética corresponde tan perfectamente a su propio temperamento.

Aquellas restricciones hicieron que en Francia el crédito de Gautier disminuyó, mientras subía el astro de Gerard de Nerval, pero Reyes quedó mucho más encantado por el primero.

Esta afinidad nace de su común virtud de la curiosidad; los dos poetas poseen pensamiento concreto y vivo, que levanta problemas, abre discusiones; indican "tentativas y orientaciones", propensos ambos a la forma aguda y directa del artículo de revista o al ensayo. La abundancia de sus respectivas producciones es prodigiosa: Gautier escribió más de cien libros y no se ha podido hacer hasta ahora una cuenta exhaustiva de los innumerables artículos publicados por don Alfonso, además de sus ciento cincuenta libros. Los dos son trabajadores porfiados, críticos puntillosos de sí mismos, conservando y corrigiendo sus versos o sus páginas de prosa a través de los decenios. *Esmalte y camafeos* reúne versos escritos a lo largo de veinte años, y don Alfonso tarda a veces medio siglo, o poco menos, para publicar sus escritos, piadosamente clasificados por doña Manuelita.

Este culto a la belleza, esta exigencia de la perfección formal es en realidad el parentesco más fuerte entre los dos hombres. Cuando a la madurez, Reyes escribe en *La Experiencia Literaria* esta frase tan meditada, esencial expresión de su posición estética; "la creación literaria está en hablar o escribir bien", no cita a Theophile Gautier, pero sí coincide con las teorías expuestas por éste en el célebre prefacio de su novela *Mademoiselle de Maupin*. Lo admirable es que este culto a la perfección vive rodeado de los más violentos acontecimientos: los poemas de Gautier se escriben en su mayoría bajo el trueno de los cañones. Redactó *Mademoiselle de Maupin* en los años pertur-

bados que sucedieron a la revolución de 1930. En cuanto a Alfonso Reyes, ya se sabe cuán dolorosamente fue mezclado con la Revolución Mexicana, cómo se encontró en Francia en frente de la primera Guerra Mundial, y cómo padeció íntimamente, durante el fracaso francés de 1940 y las aflicciones de la segunda gran crisis mundial.

La poesía de Reyes es, en su evolución y como es natural, un reflejo fiel y sensible de la evolución de sus ideas estéticas. Aparentemente, elementos idénticos se encuentran en las Poesías de Gautier, y en los versos del primer período de Reyes. Como en *Esmaltes y camafeos*, abundan las palabras esplendorosas, el oro, las mieles, un culto ambiente bucólico, las alusiones a la "Grecia francesa", al 18 francés, a André Chenier, en particular. Pero la juventud suele ser severa, y los versos de Alfonso Reyes, en *Huellas* y hasta en *Pausa* lo eran tanto que Manuelito de la Parra, "poeta de emoción y de delicadeza", le dedicó unos versos, casi rogándole "que no hiciera versos sabios", ni se dejara llevar "de la tradición ni de la cultura". En una época mucho más tardía, sin embargo, aparecen en los versos del poeta mexicano estos matices, esta voluptuosidad, los sentimientos velados que encantan en *Esmaltes y camafeos*. En los poemas escritos en Buenos Aires y luego en Río de Janeiro, los colores de malva dominan, el perfume de la violeta penetra el ambiente refinado, como en los versos de Gautier. ¿Bajo qué influencia se operó esta transformación, con qué amistad, en qué circunstancia? La próxima publicación del *Diario* del gran poeta mexicano permitirá quizá resolver este problema. Acaso, nada más que la edad: los mejores versos de Gautier son de la madurez: la madurez desarrolla en Alfonso Reyes, a pesar de algunas "Diferencias", todavía más "Simpatías" con el poeta francés.

PAULE ANNE PATOUT

Universidad de Toulouse